

JULIO GARCÍA ROBLES

La Leyenda de Perpintres



éride ediciones



INTRODUCCIÓN

Las temperaturas extremas que sometieron a la Tierra en la última centuria supusieron el deshielo a escala universal y la alteración final de los ciclos de la vida dentro del orden natural. La configuración geográfica del planeta cambió violentamente y decenas de ciudades se inundaron; numerosos países vieron sus territorios extremadamente limitados y otros desaparecieron bajo el agua de océanos y mares. Por otra parte, los desiertos avanzaron notablemente y la tierra quemada sustituyó a bosques enteros. Millones de personas, arrastradas por la devastación, la contaminación y el hambre, trataron de salvar sus vidas desplazándose hacia las zonas menos afectadas. Pero las fronteras de la supervivencia se impusieron rápidamente por las armas, ante una avalancha humana imposible de contener de otra forma y que devoró países enteros.

Ante el inminente colapso de civilizaciones y el agotamiento de los recursos del planeta, la Conferencia de Johannesburgo, donde se reunieron los gobernantes de las naciones supervivientes más poderosas, culminó con el inicio de una nueva era donde la ciencia, acelerada por la imperiosa y vital necesidad, posó sus ojos en el espacio exterior como única alternativa al holocausto desatado, culminando con el descubrimiento de las rutas interestelares. Son los llamados vacíos atemporales de la 4ª dimensión, espacios estelares donde la nada se transforma en una veloz autopista acelerada por el desarrollo cualificado de los parámetros de Alcubierre. Un hallazgo que salvó a la especie humana de su propia voracidad y que la acercó a nuevos mundos con la colonización de lejanos planetas.

Entre miles de colonos, conquistadores y aventureros, también partieron sin alternativa millones de refugiados, en lo que se llamó la gran emigración de los desheredados. Mientras los planetas Pangea

y Orión eran colonizados, en la Tierra, apenas poblada por unos trescientos millones de seres humanos, la contaminación fue diluyéndose poco a poco. Prados y bosques, flora y fauna, se expandieron cubriendo de vida antiguas naciones, antiguas ambiciones que todo lo destruyeron. Se trataba de un nuevo principio lleno de esperanza.

Pero en la distancia del olvido renació la vieja herencia humana: los valiosos metales como el platino, el coltan y el oro de pequeños astros y grandes planetas, unidos a la necesidad de agua y alimento en el espacio exterior, movieron ambiciones ciegas y disputas armadas de los que se sienten superiores, de los que son dueños de fronteras y gustan del poder. En nombre de una libertad maltrecha y olvidada, de los viejos y rancios nacionalismos, la guerra asoló el Universo conocido.

Ante el horror que significó la Batalla de Europa, en la Conferencia de Munich nació la Unión Interestelar de Naciones Democráticas: un parlamento formado por sabios, políticos y militares de las doce naciones más influyentes de todo el planeta y de las colonias predominantes en el espacio exterior, conocido popularmente como La Unión. Rápidamente promulgó la Constitución del Milenio e impuso un nuevo orden, erradicando militarmente el más mínimo atisbo de oposición y estableciendo la prioridad de la Humanidad ante cualquier ambición nacional, política o religiosa con el fin de evitar un nuevo retorno a los tiempos de oscuridad. Su poderoso ejército tenía como misión acabar con devociones y líderes, y mantener una paz regida por el riguroso control gubernamental del Consejo Supremo de La Unión.

En la Tierra prosperaron modernas ciudades basadas en el confort y la sostenibilidad; donde el trabajo era un bien común y la armonía una realidad impuesta. Pero solo los elegidos, aquellos más puros, los que lo daban todo por La Unión, los que eran merecedores de tal distinción y así se otorgaba, podían habitar estas nuevas poblaciones. Un sueño ambicionado para aquellos que vivían tan lejos del llamado Planeta Azul, la madre Tierra. Una leyenda para esa Humanidad exiliada que sufre y añora sus raíces perdidas desde otros mundos tan diferentes y, en tantas ocasiones, tan hostiles y desconocidos. Un órdago para aquellos que discrepan, para los rebeldes y sus causas perdidas.



LA ROCA

La silenciosa noche ocultó el sol y cubrió por completo la tierra estéril de Zoë, un planeta situado en la órbita exterior de Pangea y de gran parecido con la luna terrestre, más conocido popularmente y por su pequeño tamaño como La Roca. Una inquieta paz, alterada por las rachas de viento estelar de una suave tormenta, colmaba el ambiente, levantando la arenisca y ocultando su verdadera naturaleza.

De pronto, una explosión devastadora sacudió los muros de la gran fortaleza de Bismark. Miles de misiles surcaron el cielo oscuro, consumido por el humo y la pestilencia mortal de la deflagración, impactando sobre el enorme complejo militar de 370 kilómetros cuadrados. Edificios, murallas, depósitos, hangares, naves y cañones volaron convertidos en piedra y metralla. El fuego, entre continuas explosiones y alimentado por el oxígeno que surgía del interior de las ruinas, devoraba cientos de kilómetros. El emblema político-militar de La Unión se reducía a volátiles cenizas que cubrían de gris la débil atmósfera y el suelo terroso.

Cientos de cruceros interestelares se posaron sobre aquel desolador paraje de tierra quemada, ruinas y metal retorcido, mientras las escuadrillas de cazas de combate recorrían la atmósfera sin cesar en su ofensiva. Oleadas de modernos CSA (*Combat Soldier Android*) fueron desembarcados en primer lugar; eran unas máquinas blindadas de dos metros de altura, sin apenas cabeza, capaces de actuar como el más fiel de los soldados y terriblemente armados en hombros y brazos.

Tras ellos, a una distancia preventiva, el poderoso ejército rebelde, compuesto por más de cien mil soldados, desembarcó en pleno, afianzando el territorio conquistado por los androides. Con paso firme, las tropas regulares se dirigieron al centro neurálgico de la gran fortaleza de Bismark, arrasándolo todo, y rodearon el cinturón que delimitaba la llamada Acrópolis.

Tras el devastador ataque de los CSA y el despliegue de los soldados, los dispositivos mecánicos de autodefensa de la fortaleza, que todavía se mantenían activos, se desplegaron de pronto, eficazmente. Cañones inteligentes surgieron en las zonas más inesperadas, lanzando racimos imantados que destruían a los poderosos androides y causaban abrumadoras bajas entre los combatientes rebeldes, obligando a las escuadrillas de cazas a emplearse a fondo para localizarlos y destruirlos.

Con el estallido del último de los cañones inteligentes, de pronto, el rugir de las armas desapareció y el silencio colmó aquel campo de batalla sembrado de metal y sangre. Las defensas de La Unión parecían haber sido totalmente neutralizadas. Tras cinco horas de tremendas explosiones, metralla y muerte, nada se movía ante el ejército invasor. Los batallones de los temidos Centuriones de Orión penetraron por las derruidas murallas y comenzaron a recorrer el interior de la Acrópolis mientras el humo y el polvo se diluían.

El general Thomas Deliever comandaba aquella poderosa flota que estaba asolando Zoë. Su soberbia presencia producía un respeto y un temor que calaba en lo más profundo de cada ser. Una merecida fama de despiadado e inmisericorde acompañaba sus pasos y sus victoriosas batallas desde que Orión y sus aliados se alzaron en armas contra el Consejo Supremo de La Unión. Ladeó su larga capa, se levantó la gorra de plato que le cubría la cabeza calva y observó al frente. Dio una bocanada y retiró de su rostro la pequeña máscara que le proporcionaba el vital oxígeno. Su cara, mitad humana, mitad biónica, como su brazo derecho y parte del tórax, quedó al descubierto. Serio, impenetrable, transmitía una permanente sensación de insatisfacción y desconfianza. Su objetivo era destruir el grueso del poderoso ejército de La Unión en La Roca y